

Esta conferencia, encuadrada en algunos puntos de la Carta de Santo Domingo, gira en torno a la comunicación, la democracia y la gobernabilidad y reflexiona sobre lo que es posible hacer desde la comunicación social en favor de una sociedad digna. Esto es: en favor de la democracia y la gobernabilidad que corresponden a la sociedad y a sus ciudadanos, instituciones, comunidades, niños, niñas, adolescentes, hombres, mujeres y ancianos con su tradición y su cultura, todo lo cual se sostiene desde la participación igualitaria en la vida pública.

COMUNICACIÓN, DEMOCRACIA Y GOBERNABILIDAD ¹

Señor Rector de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Monseñor Agripino Núñez Collado.

Deseo en primer lugar agradecer la invitación de una institución como la suya, que desde 1962 viene aportando a la cultura dominicana a través de un compromiso con el desarrollo y el diálogo entre distintos sectores de la sociedad de este querido país. La labor de una universidad en nuestro tiempo es vital para ofrecer alternativas a todos los sectores de la población y ustedes lo vienen haciendo no sólo desde la formación de profesionales, sino también de la producción intelectual, basada en investigaciones y en personal académico calificado.

Encuadro esta conferencia en la Carta de Santo Domingo, producto de un encuentro organizado por la UNESCO, esta Universidad y el Colegio Dominicano de Periodistas, fundamentalmente en los siguientes puntos:

Que el libre acceso de las personas a las fuentes de información pública es un derecho humano universal y un principio democrático inherente al derecho a la información, a la libertad de expresión y de prensa.

Que el libre acceso a la información pública contribuye a la transparencia de la gestión pública, combate la corrupción y la cultura del secreto como práctica y asegura un mayor grado de eficiencia en el manejo de la cosa pública.

Que el libre acceso a la información pública garantiza la participación ciudadana en la toma de decisiones de interés público, factor indispensable para la construcción de una cultura democrática.

Hay expresiones que no quisiéramos reconocer como brotadas de los labios humanos. Recordaré aquí tres: “Viva la muerte”, pronunciada por un militar franquista para arengar a su tropa hacia 1940. “Toca acabar con los esperanzados”, en boca de un militante de un movimiento armado de nuestra América Latina, hacia 1996. “La sociedad no existe”, manifestación de Margaret Thatcher en tiempos de su máximo poder en Inglaterra. La primera arremete contra lo más preciado, nuestra vida, a nombre de la violencia y la guerra; la

segunda contra el mañana, contra la insistencia de nuestra especie en creer y soñar; la tercera contra lo que nos constituye como seres humanos: el otro, la interacción, la socialización, la solidaridad. Muerte, destrucción de mañana y destrucción de comunidad están en la base de esas tres expresiones.

Proponerle a un país desde el gobierno que la sociedad no existe significa abrir una ancha vía para la ruptura de espacios de trabajo, de encuentro, de ayuda mutua. Estamos ante una ley salvaje: sálvese el que tenga fuerzas, propiciada por quienes no ven personas, sino cifras. Conocemos lo sucedido con la aplicación del neoliberalismo a ultranza en las últimas décadas del siglo pasado. El lenguaje fue variando. La palabra *crecimiento* desalojó al término *desarrollo*. Los países crecían mientras que la sociedad se subdesarrollaba.

Desde otros ángulos, coherentes con esa expresión de la ex ministra inglesa, vinieron a decirnos que la sociedad es el campo de batalla de los guerreros del mercado. Retomo un anuncio publicitario del año 1997:

En África, una gacela despertará sabiendo
que tiene que correr más rápido que el león más lento
para no ser comida.

También en África, un león despertará sabiendo
que tiene que correr más rápido que la gacela más lenta
para no morir de hambre.

En este nuevo amanecer estamos listos
para correr junto a su empresa, como siempre,
y le aseguramos
que en el hábitat de los negocios
seremos los más veloces.

El hábitat de los negocios así entendido se traslada a la trama de las relaciones cotidianas. El papel de gacelas le tocó al grueso de la población, en tanto que los leones se volvieron cada vez más veloces y más feroces. Si la sociedad no existe, si todo se resuelve en ese estereotipo de las leyes de la selva, si el mismo es promovido también desde el gobierno como la forma de sacar adelante un país, los más profundos valores de relación comienzan a resquebrajarse.

Pero nos queda todavía más. A semejantes prédicas y prácticas se sumó otra que ha dejado profundas huellas sabe Dios por cuánto tiempo. Me refiero a la picaresca. ¿Tiene sentido traer aquí esa corriente literaria, con orígenes en la comedia griega y con fuerte presencia en el siglo de oro español? Veamos algunas características de la figura del pícaro:

- el engaño
- el ingenio

- la astucia
- la habilidad en la palabra
- la falta de afectos permanentes
- el anhelo de sobrevivir o de trepar
- el exitismo
- el uso del otro para cumplir sus fines

Todo esto nos lo ha legado la literatura, por ejemplo en *El Buscón* de Quevedo. Si vuelvo sobre ese tipo de personaje lo hago a partir de las siguientes preguntas: ¿Y si la picaresca hubiera en nuestro tiempo ganado el poder? ¿Y si fuera tan omnipresente como en los ambientes retratados por Quevedo, sólo que ahora potenciada al infinito por otros mecanismos? ¿Y si la tuviéramos día a día entre nosotros, como práctica social y como constante oferta discursiva?

A la destrucción de las alianzas sociales, a la guerra total, se sumó en no pocos países la presencia de seres astutos, diestros en el engaño, hábiles en el decir y en el trepar, capaces en muchos casos de dejar a quien sea en el camino para seguir adelante. No pretendo generalizar para nada a la clase política en su conjunto esta caracterización de picaresca. Pero en ciertos casos, y mi país la Argentina fue uno de ellos, ha tocado padecer por años gavillas de depredadores encaramados en el poder, con una enorme capacidad de mentira y de seducción. Porque el pícaro tiene como arma la seducción, es uno de sus recursos privilegiados para llevar al otro hacia donde van sus intereses. Volveremos sobre este tema a la hora de referirnos al apoyo a estos personajes de no pocos programas correspondientes a la cultura mediática.

¿Los resultados de destrucción social, guerra y picardía? Uno de enorme peso para hoy y para el futuro: sólo un 2% de alrededor de cien millones de niños, niñas y adolescentes de entre 9 y 14 años, considera a los políticos como líderes sociales (encuesta de UNICEF, año 2000). Conocíamos ya el descrédito, pero expresado en la mirada de quienes van entrando en la vida y en la sociedad provoca un dolor sin márgenes. ¿Qué creará quien acaba por no creer?

Democracia y gobernabilidad

Los años 80 trajeron el aliento de la democracia a buena parte de nuestros países. Es común, y gratificante, ver cómo por primera vez en décadas un gobierno elegido en las urnas le pasa el poder a otro legitimado de la misma manera. Se insiste en esos casos en la continuidad de nuestro modo de vida y en la gobernabilidad. Corresponde detenernos en esta última, porque reducirla a la continuidad de las elecciones y de gobiernos producto del sufragio es estrechar su sentido.

Diferenciamos gobernabilidad autoritaria de gobernabilidad democrática. Conocemos en carne propia la primera, con los atropellos a la ciudadanía, con el reino del miedo, con la agresión a los derechos fundamentales, con la violencia y la muerte. No queremos una gobernabilidad de esa naturaleza, aunque se pretenda que la misma acaba por dejar algunos beneficios económicos y un cierto orden.

Un segundo tipo de gobernabilidad se sostiene en la seducción y en el juego de complicidades. A fuerza de venderlo todo, de endeudar hasta a las generaciones venideras, de crear una ilusión de crecimiento mientras la vida cotidiana de la mayoría de la población se desfonda, es posible mantener a un país como si estuviéramos en el mejor de los mundos. Hemos escuchado una y otra vez esa frase: en nuestro mandato estuvo asegurada la gobernabilidad. La cuestión es preguntarse por el precio de la misma.

No nos interesan esas dos formas, que en definitiva se sostienen en el autoritarismo, uno abierto, feroz, el otro vestido de engaños, movido por una siniestra astucia. La gobernabilidad o se practica en beneficio de la totalidad de la ciudadanía o no tiene sentido.

Afirma Raúl Urzúa Manuel de Puelles:

“La gobernabilidad es inseparable de la capacidad de los gobiernos para conducir los procesos y actores sociales hacia el desarrollo, la equidad y la consolidación de las instituciones democráticas, ajustándolas a las reglas del juego democrático y resolviendo de acuerdo a ellas los conflictos de intereses y valores... una gobernabilidad positiva, orientada a crear un nuevo orden para la dignidad de todos, lo que implica inevitablemente un proyecto ético².”

La dignidad significa el ejercicio de todos los derechos, la posibilidad de sentirse alguien en el propio contexto, erguido en la vida, con capacidad para crecer, para apropiarse de los beneficios de la cultura humana y aportar a ella. El concepto contrario es el de humillación. La palabra proviene de *humus*, tierra; el humillado es quien ha sido colocado a ras del suelo, vencido, abandonado. Un país y su gente, pueden ser llevados por determinada gobernabilidad hacia la dignidad de la vida diaria o hacia la humillación correspondiente a indignas condiciones de existencia. Un país puede contar con dirigentes probos, preocupados por el bien común, o bien con gavillas dedicadas a saquearlo todo, a envilecer, a lanzar a amplios grupos sociales a la supervivencia y a la búsqueda cotidiana de la dádiva.

Quien gobierna debe velar por sus ciudadanos, no tomar la cosa pública como presa de caza, no llevar a la miseria a grandes mayorías, no quebrar a un país moral y económicamente, en ese orden. En la década del 90 vivimos en la Argentina el estrechamiento de los derechos, el deterioro del sistema judicial, la mentira como forma cotidiana de relación. Se nos predicó a los cuatro vientos que habíamos entrado al primer mundo y que nos modernizábamos al ritmo de los

países industrializados. Y todo esto en complicidad con muchos programas de comunicación masiva, porque una de las maneras de mantener el autoritarismo sin las armas pasa por la seducción mediática. Llegamos al extremo de tener como director del canal estatal, que debía ser un garante de la cultura nacional, a un hombre del espectáculo, ligado a lo más burdo del mundo de la farándula.

No pretendo adjudicar los problemas de nuestras democracias y de la gobernabilidad a los temas que vengo presentando. Nadie discute el contexto internacional, la violencia expresada en guerras y atentados, el tráfico de drogas y de seres humanos, la herencia de tantas décadas de políticas erradas y de regímenes autoritarios, la pérdida, una y otra vez, de oportunidades históricas, las reglas de juego del comercio internacional favorables a quienes tienen en sus manos el mazo de naipes o los engranajes de la ruleta; el crecimiento de la población y el deterioro de las condiciones de vida a escala planetaria...

Tampoco pretendo juzgar a todos los que conforman el mundo de la política. Las generalizaciones no nos hacen bien. Si algo caracteriza a ese mundo es la contradicción, tanto de ideas como de ideales. Encontramos en él las gavillas a las que hice referencia y personas y grupos dispuestos a entregar lo mejor de sí para impulsar la construcción de ciudadanía y de sociedades dignas.

Comunicación, democracia y gobernabilidad

Estamos aquí reunidos para reflexionar sobre lo que puede hacerse desde la comunicación social a favor de una sociedad digna, con ciudadanos dignos, no humillados por la miseria o por el engaño. Cuando se tocan estos temas, surgen de inmediato voces dispuestas a la celebración continua: ¿a qué preocuparse? Nunca como ahora la gente dispuso de tanta información, nunca como ahora hay tal variedad de alternativas de elegir entre diferentes medios, nunca como ahora es posible acceder a la aldea global a través de la red de redes. Podemos formar incluso ciudadanías planetarias, ¿para qué tantos resquemores si la gente se informa de múltiples fuentes? Compare usted con unos 40 años atrás, cuando casi nadie tenía televisor y no existía Internet.

Necesitamos, para avanzar en la reflexión, confrontarnos con esas voces optimistas en exceso. El acceso a más datos, el bombardeo cotidiano desde imágenes y sonidos, no asegura la construcción de ciudadanía. Primero porque no es lo mismo consumir información que apropiársela desde una capacidad de interpretación y contextualización. Estar expuesto a los medios no significa mayor conciencia. Las condiciones de espectador y de consumidor tienen sentido a la hora del espectáculo o de la relación con las mercancías, pero la ciudadanía y la democracia son mucho más que eso.

No nos alcanzan las cifras del rating ni la seducción cotidiana de la farándula encaramada en la cultura mediática. El hecho de que mucha gente siga un

programa, no quiere decir que tal práctica la haga más solidaria, más participativa, más ética. Las cifras de televidentes nada tienen que ver con las cifras de la miseria social, con las cifras del voluntariado, con las cifras de las organizaciones preocupadas por el dolor ajeno, con las cifras de la educación. Se ha dicho con razón que los medios ya no viven de vender anuncios, sino de vender públicos; sus ganancias provienen de la cantidad de lectores o espectadores que pueden demostrar. Esas astucias poco y nada aportan a la construcción de la ciudadanía. Son juegos económicos y mediáticos, la sociedad es algo mucho más complejo y más serio como para asimilarla a tales malabarismos.

Las voces que todo lo celebran nos vienen hablando hasta el cansancio de la era de la interactividad. La gente puede ahora participar, contestar, volverse protagonista en un programa. Todo es hoy interactividad: el aplauso, la llamada telefónica para ganarse un electrodoméstico, la incorporación a juegos dedicados a mostrar habilidades como comer a toda velocidad o pasar por sitios plenos de obstáculos. No nos interesa dirigir a esas prácticas una mirada adusta, destinada a descalificar cualquier forma de diversión. Hay un derecho a esta última que no pretendemos desconocer, ni rechazar. Pero la democracia mediática, así entendida, poco y nada tiene que ver con la democracia en el seno de la sociedad. La exclusión de amplias mayorías de la población no se resuelve con esa fiesta permanente de los medios de comunicación; tampoco el descreimiento hacia el quehacer político por parte de la inmensa mayoría de los niños y adolescentes de América Latina. Estamos en realidad, con esos programas, ante una interactividad controlada, restringida y manipulada; ante una seudoparticipación, por más necesaria que sea la diversión.

Se viene insistiendo hasta el cansancio en el papel de los medios en relación con la construcción del ciudadano, con la gestación de opiniones, con la orientación para las decisiones políticas, con la sustitución que han hecho de la plaza pública, del ágora. Todo estaría sujeto a su influencia, como si la sociedad se hubiera evaporado, como si no existiera, tal cual lo decía Margaret Thatcher.

¿Y si estuviéramos frente a un gigantesco simulacro de construcción de ciudadanía? ¿Y si asistiéramos a modos cotidianos de impedir dicha construcción?

El periodismo cívico

A comienzos de los 90 se inició en los Estados Unidos un movimiento denominado *periodismo cívico* o *periodismo público*³. El punto de partida fue que en la sociedad con más información del planeta se venía viviendo un proceso de deterioro de la credibilidad y la participación por parte de la ciudadanía, lo que se evidenciaba en el abstencionismo y en el alejamiento de los espacios comunitarios. No sólo eso, la corriente nació a causa de la pérdida de credibilidad de los medios de comunicación y de la baja confianza en las instituciones.

El periodismo cívico no se limita a informar: trabaja con grupos para que la gente opine, discuta temas y problemas de interés común, ofrezca soluciones; se trata de llegar a los ciudadanos para escucharlos y para que se escuchen a fin de pasar de espectadores a actores. Estamos ante un avance muy importante, en una sociedad desinformada y desmovilizada, a pesar de tanta profusión de información.

En realidad ese camino fue anticipado en nuestra América Latina varias décadas antes. Retomo lo expresado en la conferencia que ofrecí en Tegucigalpa en octubre de 2002, dentro de un encuentro internacional sobre sociedad de la información y la comunicación, organizado por la UNESCO:

“Pero el descubrimiento de la interactividad y de la interacción suena tardío si se piensa en todo lo hecho en América Latina para superar esas formas de unidireccionalidad y de poder. La concepción dialógica de la educación, los aportes a la participación de la comunicación y la educación popular, se vienen sosteniendo de manera ininterrumpida en nuestras tierras desde la década del 60.

Y no sólo por el llamado al trabajo educativo en las relaciones cara a cara. La búsqueda de la participación se extendió en los setenta a la comunicación alternativa, con todo tipo de materiales y experiencias⁴.”

Desde los años 70 apostamos en nuestra región por una comunicación participativa y democrática, no sólo a través de los medios, sino en el conjunto de las relaciones con la sociedad.

Presencia del periodismo

Al comienzo de esta conferencia mencioné la Carta de Santo Domingo y el papel que en su preparación tuvo el Colegio Dominicano de Periodistas. Quiero, a través de esa agrupación, hacer un reconocimiento a quienes a lo largo de toda la historia de la vida independiente de nuestros países han venido ofreciendo sus mejores esfuerzos para sostener los derechos fundamentales del ser humano y de la sociedad en su conjunto. La nuestra, soy periodista desde la década del 60, es una profesión maravillosa con una clara posibilidad de riesgo cuando su práctica se enfrenta a los privilegios del poder.

Permítanme traer la experiencia de la Argentina para referirme a la labor de nuestros profesionales. El periodismo de investigación y el periodismo interpretativo abrieron profundos surcos en la muralla del festín político de la década del 90 en mi país. Seamos prudentes en la atribución de protagonismos. Las cosas se desfondan por el fondo, la destrucción de la base social estaba allí para quien quisiera verla y sentirla. Además, se alzaban sin descanso voces de

políticos probos y de distintas organizaciones. En todo ese proceso, el periodismo cumplió una tarea innegable. Decepcionada de los grupos en el poder, decepcionada del aparato judicial, de los cuerpos de seguridad, la población comenzó a acudir a quienes resistían en los medios con una actitud crítica. De a poco, por los esfuerzos de éstos a favor de la transparencia, fueron asomando los tentáculos de un profundo quiebre moral y económico en la sociedad.

Sólo dos ejemplos: un programa televisivo dedicado al periodismo de investigación mostró durante días los currículos de no pocos jueces que habían sido nombrados durante ese período. Páginas vacías en los formularios que debían llenar: ni publicaciones, ni estudios de postgrado, ni sentencias que sentaran jurisprudencia, ni, ni, ni... Otra serie de programas consistió en enseñar viviendas: de la que se había salido al ganar un cargo público, hasta la que se tenía 4 o 5 años más tarde.

El éxito de esos programas, en lo que a seguimiento de público se refiere, llevó a la mayoría de los canales a ofrecer propuestas similares. Pronto comenzó una puja entre el periodismo serio, bien fundamentado en informaciones e investigaciones, y la reducción de la necesaria crítica a manoseo mediático.

Hay una línea difícil de precisar entre el llamado a la transparencia a una rigurosa fiscalización y la espectacularización a cualquier precio, la devastación de toda credibilidad. Es complejo colocar en el lugar exacto el fiel de la balanza, sobre todo cuando algunas parodias de fiscalización se originan en luchas por el poder.

Comunicación y actores sociales

Con la recuperación de la democracia en la región se abrió el camino a la emergencia en la vida pública de nuevos actores sociales. Veamos lo que señala Margarida Krohling al referirse a las “nuevas ciudadanías”:

“...por ejemplo, la ciudadanía planetaria que actúa movida por la sociedad civil global; los grupos activistas ecológicos para preservar el medio ambiente; grupos ligados a la música y las artes plásticas que desarrollan proyectos sociales - culturales para niños de favelas y de la periferia de las grandes ciudades; ciudadanía de las minorías sociales, representadas por las relaciones de género, etnia, diversidad, deficientes físicos, reintegración de presos en la sociedad, valorización de los ancianos, etc.; ciudadanos e inmigrantes que se desubican en su viaje por el mundo y precisan tener derechos asegurados...”⁵

El tejido social se ha ampliado para mostrarnos toda su riqueza y complejidad. No podemos entender la relación comunicación, democracia y gobernabilidad sin tomar en consideración esa trama.

La comunicación a favor de la democracia y la gobernabilidad es demasiado importante como para dejársela sólo a los medios de comunicación. Con su omnipresencia, con su penetración en la vida cotidiana, con su desfile constante de personas y personajes, los medios no agotan para nada la riqueza de las relaciones en cualquier sociedad. No los descalificamos, pero tampoco les reconocemos el protagonismo total que se les atribuye.

La comunicación es demasiado importante como para dejársela sólo a los periodistas. Nuestra profesión, de la cual García Márquez ha dicho con razón que es una de las mejores del mundo, cumple un papel importantísimo en los tiempos que corren. Pero lejos estamos de creer que sólo a nosotros nos corresponde comunicar sobre la cosa pública.

La comunicación es demasiado importante como para dejársela sólo a los políticos. Ya hemos prevenido acerca de la picaresca y de las alianzas basadas en la seducción y el espectáculo. En ningún caso, sea de políticos venales o de políticos probos, podemos aceptar que la comunicación ciudadana descansa únicamente en ellos.

La comunicación es demasiado importante como para dejársela sólo a la recepción de información y al consumo de la oferta mediática y de lo que se puede bajar de Internet; como para vestirla de seudo participación y de seudo interactividad. No es con el rating como se construye una sociedad distinta.

La comunicación a favor de la democracia y la gobernabilidad es de toda la sociedad, conformada por sus ciudadanías clásicas y emergentes, por sus instituciones, por sus comunidades, por sus niños, niñas, adolescentes, mujeres y ancianos, por sus tradiciones y cultura, por sus relaciones de cercanía y sus redes.

No nos ha ayudado a impulsar el crecimiento de la democracia el estrechamiento de lo comunicacional a unos pocos actores, demasiado cercanos al poder y a sus beneficios. Si resulta necesario hoy más que nunca un reclamo constante de transparencia, una fiscalización de la cosa y de las acciones públicas, esa tarea debe estar a cargo de quienes se desempeñan en profesiones acordes con ella, como el periodismo, pero también, y de modo fundamental, a cargo de la totalidad de la sociedad.

La corresponsabilidad comunicacional

Si la comunicación va mucho más allá de la influencia de quienes aparecen de modo casi natural como sus representantes, corresponde preguntarnos por el alcance de la misma en dirección a la construcción de democracia y gobernabilidad. Reconocemos por lo menos los siguientes ámbitos:

- la comunicación comunitaria
- la comunicación en las instituciones y las organizaciones
- la comunicación en la vida de relación, en la vida pública
- la comunicación al interior del estado y del estado hacia los ciudadanos
- la comunicación como cultura y como disfrute de los beneficios de la cultura

Los interlocutores de una Cátedra UNESCO denominada Comunicación, Democracia y Gobernabilidad, no son sólo los políticos y los periodistas. Habrá mucho que ofrecer a ellos y aprender de ellos. Pero los interlocutores constituyen un universo más amplio, porque una democracia se construye y se sostiene desde sus ciudadanos, desde sus instituciones y sus organizaciones, desde las nuevas ciudadanías, desde la participación igualitaria en la vida pública.

Una Cátedra como ésta tiene ante sí temas como la comunicación en los ámbitos ejecutivo, legislativo y judicial; la comunicación en los gobiernos locales; la comunicación universitaria de cara a lo que la sociedad espera de esa institución; la comunicación de las demandas ciudadanas, que en muchos de nuestros países no encuentran los canales adecuados para manifestarse⁶.

Señor Rector, la apertura de la Cátedra en su querida y respetada institución, significa un profundo compromiso moral, puesto que la moral se funda en la preocupación por el otro, en el anhelo del bien común, en la búsqueda de sociedades dignas, conformadas por ciudadanos con condiciones de vida dignas, no humillados por ninguna forma de poder.

Desde nuestra experiencia, nos permitimos sugerir un diálogo abierto con todos los sectores sociales del país, a fin de ampliar el campo de trabajo de la Cátedra para abarcar no sólo el quehacer político e informativo, sino también cuestiones fundamentales de la vida en democracia. No pretendo en esta ocasión detallar tales cuestiones, que seguramente irán surgiendo del diálogo y del consenso.

Pero me permito sugerir una impronta que atraviese todo lo que ustedes hagan en este terreno y me baso para ello en una de las palabras utilizadas para nombrar a la Universidad, cuando se dice de ella "Madre y Maestra". Esta Cátedra está llamada a hacer pedagogía sobre la democracia y la gobernabilidad. A hacerla con la clase política, con los colegas periodistas, con los sectores universitarios, con todas las formas de ciudadanía, con las iglesias. Hacer pedagogía significa investigar e interpretar, identificar y recuperar experiencias valiosas, acompañar procesos sociales con información y opinión; tomar partido frente a lo que pretende minar las reservas morales del país, abrir foros de reflexión, comunicar de manera constante, con claridad y firmeza, lo que pueda colaborar en esta empresa de sostener y consolidar la vida en sociedad. Hacer pedagogía significa una tenaz labor en apoyo al aprendizaje de ciudadanía.

Señor Rector, en un delicioso libro de José Saramago que vengo leyendo en estos días, *Memorial del convento*, he encontrado una expresión estremecedora: “Un hombre precisa hacer provisiones de sueños”. De soñar se trata siempre, decimos nosotros, con los ojos bien abiertos, para ir más allá de nuestro presente.

Los seres humanos necesitamos también, por encima de todo, provisión de dignidad. Quiero agradecer a usted y a la comunidad de su Universidad, esta apuesta por el futuro y por la dignidad ciudadana.

Daniel Prieto Castillo
Santo Domingo, 15 de marzo de 2004

¹ Cátedra UNESCO de Comunicación, Democracia y Gobernabilidad, Conferencia inaugural.

² Manuel de Puelles, Raúl Arzúa. “Educación, gobernabilidad democrática y gobernabilidad de los sistemas democráticos”, Revista Iberoamericana de Educación, N° 12, OEA, 2002.

³ Carrasco, Sabrina. “Periodismos cívico: la gente define la agenda y delibera sobre políticas”, Revista Cambio Cultural, www.cambiocultural.com.ar, junio de 2003.

⁴ Prieto Castillo, Daniel. “La comunicación y la educación en el horizonte de la sociedad del conocimiento”, Tegucigalpa, 30 de octubre de 2002.

⁵ Margarida Krohling, “Campos de estudios emergentes en comunicación en las nuevas ciudadanías”, en Revista Diálogos, Ed. FELAFACS, diciembre de 2003, Lima, pp. 77 a 89.

⁶ Es mucho lo que se ha avanzado en nuestros países, a través del aporte de organismos nacionales e internacionales, de agrupaciones gremiales y de movimientos sociales, como queda claro en los temas previstos para el taller de mañana en este mismo encuentro: “El rol de los medios en la sostenibilidad de la democracia”, “Modernizar los congresos latinoamericanos: las tecnologías comunicacionales y la relación entre Congreso y sociedad”, “Transparencia: el acceso a la información y la calidad de la democracia”.